

2004

## Fresa y chocolate de Senel Paz: régimen y homosexualidad

Domenico Antonio Cusato

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Cusato, Domenico Antonio (Primavera-Otoño 2004) "Fresa y chocolate de Senel Paz: régimen y homosexualidad," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 59, Article 14.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss59/14>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [elizabeth.tietjen@providence.edu](mailto:elizabeth.tietjen@providence.edu).

## **FRESA Y CHOCOLATE DE SENEL PAZ: RÉGIMEN Y HOMOSEXUALIDAD**

**Domenico Antonio Cusato**  
Università di Messina, Italia

*E*s destino de pocas obras narrativas permanecer casi desconocidas o ver ofuscado su valor literario tras una exitosa versión cinematográfica que haya capturado la atención del gran público. Casi siempre el éxito de la pantalla confirma y amplifica también, con razón o sin ella, el de la obra escrita, que casi siempre aprovecha la circunstancia favorable para volver a aparecer en una nueva edición (a veces, más barata; pero casi siempre, mucho más cara).

En las últimas décadas, ha habido una serie de afortunadas adaptaciones cinematográficas, extraídas de narraciones de escritores hispanoamericanos; y gracias al éxito obtenido en las salas de proyección, los textos originales han podido atravesar las respectivas fronteras nacionales e imponerse con prepotencia, oportunamente traducidas, en los mercados de todo el mundo. Valgan como ejemplo, entre otros, además de *Fresa y chocolate* del cubano Senel Paz<sup>1</sup>, de la que nos ocuparemos en este trabajo, *Como agua para chocolate*, de la mejicana Laura Esquivel<sup>2</sup> y *El cartero de Neruda*, del chileno Antonio Skármeta.<sup>3</sup>

Considero interesante recordar que éste último texto le debe a la versión cinematográfica incluso el título; en realidad, cuando vio la luz, la obra se llamaba *Ardiente paciencia*.

Por otra parte, lo mismo sucedió con la obra de Paz, cuyo título original era *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*.

La breve narración – que en la cara edición de Txalaparta Editorial, imprimida en Tafalla (Navarra), tiene sólo cincuenta páginas de diecinueve líneas cada una –, a través de la técnica de la narración analéptica, propone la historia de la amistad entre David, un joven estudiante comunista, y

Diego, un intelectual homosexual y, como tal, no integrado en el sistema.

Así como la magdalena de proustiana memoria, Coppelia, «la Catedral del Helado», pone en marcha en el joven estudiante el procedimiento del recuerdo, a través del cual son rescatados los momentos más significativos de aquella unión: el inicio, la consolidación de la amistad y la solidaridad final de David con el mundo de los «diferentes».

La obra de Senel Paz, incluso en su brevedad, está diseminada de numerosísimas alusiones a la represión de la homosexualidad en la Cuba actual y a la condición de marginado a la que el denominado «diferente» debe someterse. Ya de por sí, la reducción de la libertad individual es un problema político; y aún más si se consideran los efectos consecuentes que llevan a revisar ciertas posiciones e inducen a alejarse de ideologías en las cuales en el fondo se quisiera continuar creyendo: Diego, pues, se verá obligado a abandonar primero los ideales revolucionarios, y más tarde la misma Cuba; David, emotivamente involucrado, no podrá por menos de tomar conciencia del violento atropello para con aquellos que no se alinean con las posiciones dictadas por ciertas reglas sociales, sintiendo cada vez más fuerte la exigencia de una democracia concreta.

Hace bastante tiempo que los intelectuales cubanos denuncian, entre otras cosas, esta situación. Pero, hasta ahora, las críticas más ásperas procedían de aquellos que eran considerados disidentes puros, es decir los que han preferido dejar Cuba puesto que rechazaban *in toto* el sistema castrista. No podemos olvidar las denuncias de Carlos Alberto Montaner, el autor de *Perro mundo*, quien recuerda que la simple sospecha de homosexualidad perjudicaba a muchos estudiantes: «Las acusaciones eran increíbles: “Escribe poemas raros”, “lleva el cabello largo”, “se les ve siempre juntos”»<sup>4</sup>. Así como tampoco se pueden olvidar las acaloradas y durísimas acusaciones con las que arremetió contra el régimen Reinaldo Arenas, que con su propia homosexualidad se forjó un arma afiladísima que le sirvió para combatir hasta su muerte la dictadura de Castro.

La ambigua máscara de la ética con la que se han llevado adelante las famosas leyes de los años 60 ha conseguido acallar a la masa respecto a la imposición que tendía a anular la libertad de decidir de su propio cuerpo.<sup>5</sup> Pero los pretextos morales aducidos por la ley disimulaban una realidad de fondo, que era percibida y denunciada sólo por el intelectual: la limitación de la libertad individual.

Todo esto no quiere decir que haya que alinearse con los extremismos de un Arenas, quien en sus escritos confiesa que le ha gustado sobremanera llevar una vida escandalosa, jactándose incluso de haber tenido en un solo año más de cinco mil amantes, entre los cuales prefirió especialmente a los adolescentes y a los delincuentes. No se trata, pues, de defender una actitud de desmedido hedonismo. Y por otra parte, como ya se decía, puesto que Arenas utilizó el tema de la diversidad como arma contra Castro, es muy

probable que sus afirmaciones fueran más que nada provocaciones utilizadas como revancha contra un sistema que lo marginaba por «diferente». Sin embargo, es cierto que una mente democrática no puede aceptar opresiones y discriminaciones de ningún tipo.

Con un tono más sosegado, Senel Paz vuelve a tratar el tema de la homosexualidad, pero sin intentar agredir al sistema, haciendo lo que en otros tiempos se definía «una crítica desde el interior», es decir un discurso constructivo que atañe exclusivamente a un aspecto social, sin poner en discusión por esto todo el sistema cubano.

A través del uso exasperado de la técnica de las anacronías narrativas, que lo incluye plenamente entre los prosistas del neo-barroco americano, Paz intenta una reconciliación entre el régimen comunista y los homosexuales, augurando la apertura hacia los que, por una decisión personal, no se someten a la institucional imposición de la heterosexualidad. Sin embargo, me parece entender que el escritor cubano hace de alguna forma un discurso “aristocrático”, discriminando al hombre común y aceptando sólo para el intelectual cualquier tipo de libre decisión. De hecho, el homosexual intelectual no crea problemas porque es productivo:

Quiero decir, que si me encuentro en ese balcón donde ondea el mantón de Manila, estilográfica en mano, revisando mi texto sobre la poética de las hermanas Juana y Dulce María Borrero, no abandono la tarea aunque vea pasar por la acera al más portentoso mulato de Marianao, y éste, al verme, se sobe los huevos.<sup>6</sup>

Y además de ser productivo, es «patriota», palabra mágica del sistema:

[...] somos tan patriotas y firmes como cualquiera. Entre una picha y la cubanía, la cubanía.<sup>7</sup>

De todas maneras, se tiene la sensación que, en el intento de defender su propia naturaleza y salvaguardar los derechos que derivan de ser intelectual, Diego lleva a cabo una fuerte discriminación para con los demás «diferentes» que forman parte de la masa y no tienen el instrumento de las argumentaciones que, en cambio, él sí posee. Hablando de las «locas de carroza», Diego dice:

Provocan y hieren la sensibilidad popular, no tanto por sus amaneramientos como por su zoncera, por ese estarse riendo sin causa y hablando de cosas que no saben.<sup>8</sup>

Así como Arenas en su libro de memorias *Antes que anochezca* dedica un capítulo a una disertación irónica sobre «Las cuatro categorías de las locas»<sup>9</sup>, también Diego se aplica, pero con absoluta seriedad, a subrayar la diferencia entre los diversos tipos de homosexual. En el cuento, es evidente que algunas consideraciones se hacen para ser aceptado y para diferenciarse

de alguna forma de los demás. Y así el personaje explica que cuando el homosexual alcanza la categoría de «loca», entonces sí que hay que condenarlo. En realidad, los que pertenecen a esta categoría:

Tienen todo el tiempo el falo incrustado en el cerebro y sólo actúan por y para él. La perdedera de tiempo es su característica fundamental. Si el tiempo que invierten en flirtear en parques y baños públicos lo dedicaran al trabajo socialmente útil, ya estaríamos llegando a eso que ustedes llaman comunismo y nosotros paraíso.<sup>10</sup>

De cualquier forma, esta toma de posición está en contradicción con lo que David subrayaba al principio de su *récit*. Pues el narrador había iniciado la analepsis precisamente con la descripción de un Diego idéntico a los que ahora está condenando:

Así, la Catedral del Helado, le llamaba a este sitio un maricón amigo mío. Digo maricón con afecto y porque a él no le gustaría que lo dijera de otra manera. Tenía su teoría. «Homosexual es cuando te gustan hasta un punto y puedes controlarte», decía, «y también aquellos cuya posición social (quiero decir, política) los mantiene inhibidos hasta el punto de convertirlos en uvas secas» [...] «Pero los que son como yo, que ante la simple insinuación de un falo perdemos toda compostura, mejor dicho, nos descocamos, ésos somos maricones, David, ma-ri-co-nes, no hay más vuelta que darle»<sup>11</sup>.

Todo ello nos confirma la idea que, más que a la salvaguarda de los derechos del homosexual, el autor implícito parece tender a la salvaguarda de los derechos del intelectual. Y esto es evidente aun en la secuencia en la que el mismo David tácitamente deplora la existencia de la censura de los textos literarios, denunciando, también tácitamente, su inutilidad, puesto que antes o después todas las obras, aunque clandestinamente, llegan a Cuba. La secuencia a la que me refiero es aquella en la que se nos presenta a Diego mientras intenta ganarse a David haciendo hincapié en su curiosidad de lector. Como la mayor parte de los amantes de la lectura, también el joven aspira a poder leer los libros de Vargas Llosa, prohibidos en Cuba ya que, tras el caso Padilla, el escritor peruano se había alejado cada vez más de sus iniciales ideales revolucionarios, llegando a militar incluso en la derecha. David, pues, aun siendo un activista de la «Unión de Jóvenes Comunistas», tiene un deseo que el autor implícito considera lícito:

[...] *La guerra del fin del mundo*. ¡Madre mía, ese libro, nada menos! Vargas Llosa era un reaccionario, hablaba mierdas de Cuba y el socialismo donde quiera que se paraba, pero yo estaba loco por leer su última novela y mírala allí: los maricones todo lo consiguen primero.<sup>12</sup>

Para poder llevar a cabo su versión crítica, Paz organiza el texto con calculada prudencia, aplicando casi una suerte de autocensura. Él quiere que el mensaje de apertura hacia la homosexualidad provenga de un personaje lineal con el que todos se puedan identificar y no del personaje controverso que ha decidido defender. Por esto, al organizar el texto, el escritor construye a David con todos los rasgos del héroe positivo: joven, comunista, patriota, identificado con los valores del sistema. Una vez que se encuentra ante el problema del «diferente», el estudiante inicia un proceso de conocimiento, cuya conclusión será su personal comprensión que intentará extender a toda la sociedad.

Sin embargo, tras una lectura atenta, se puede notar que David no es el portavoz exclusivo de las ideas del autor implícito; éstas son transmitidas también por el personaje del homosexual. No pueden pasar desapercibidas la lógica y la fuerza con las que sostiene Diego algunas tesis:

Por nuestra inteligencia y el fruto de nuestro esfuerzo nos corresponde un espacio que siempre se nos niega. Los marxistas y los cristianos, óyelo bien, no dejarán de caminar con una piedra en el zapato hasta que reconozcan nuestro lugar y nos acepten como aliados, pues, con más frecuencia de la que se admite, solemos compartir con ellos una misma sensibilidad frente al hecho social.<sup>13</sup>

Una vez más, pues, se tiene la sensación de que la defensa de los «diferentes» es un resultado indirecto de la defensa del intelectual al que le ha tocado vivir la condición del homosexual. Ello se debe, probablemente, a la consideración de que en Cuba los mayores escritores de este siglo han sido homosexuales. Empezando por el «Maestro», como ya es definido por todos José Lezama Lima, pasando por Virgilio Piñera, hasta llegar a Reinaldo Arenas y Severo Sarduy, sin olvidar una larga serie de jóvenes que, desde hace más de diez años, aprovechando la apertura y la protección del ambiente intelectual, recogen éxitos de crítica en la misma Cuba.<sup>14</sup>

No nos llama la atención pues que Ismael —el colega universitario, dirigente del partido y punto de referencia para los estudiantes—, a quien se dirige David en un primer momento para denunciar a Diego, no parezca considerar las acusaciones como algo serio. Tomando nota de ello se limita a sonreír, y le dice al joven «patriota», con evidente ironía, que tenga cuidado y siga a Diego más de cerca.

Por la descripción que hace el narrador, no está claro si Ismael es o no homosexual («Tenía, como Diego, la mirada clara y penetrante como si ese día los de miradas claras y penetrantes se hubieran puesto de acuerdo para joderme»<sup>15</sup>); pero sí es cierto que él también es un intelectual:

Éste es Ismael. Llegaremos a ser amigos, a querernos como hermanos, y un día le ofreceré un almuerzo lezamiano porque también en su vida hubo una profesora de literatura<sup>16</sup>.

De este episodio el autor se sirve además para comunicar que, incluso cuando el intelectual forma parte del sistema, su integración no estará nunca exenta de sentido crítico. Vigilando con su presencia y su inteligencia, no podrá por menos de aportar un avance, favoreciendo cada vez más la apertura hacia la democracia. Y por esto, a los ojos de David, Ismael se presenta como el más fiable, el mejor:

Lo que diferenciaba las miradas claras y penetrantes de Diego e Ismael [...] es que la de Diego se limitaba a señalarte las cosas, y la de Ismael te exigía que, si no te gustaban, comenzaras a actuar allí mismo, para cambiarlas.<sup>17</sup>

La leyes pueriles emanadas por los viejos cuadros dirigentes, pues, pueden y deben ser abolidas; mientras tanto no se considera un delito transgredirlas porque no se tocan los principios de la Revolución. En el momento de la separación, cuando Diego se ve obligado a huir de Cuba, le pregunta a David si cree de verdad que el homosexual puede ser un enemigo:

«Dime, la verdad, David [...], ¿tú crees que yo le hago daño a la Revolución?»<sup>18</sup>.

De hecho, lo que cuenta es la sustancia. Con respecto a ello, el narrador no pierde la ocasión para ironizar sobre las formas que, en contraste con la esencia, caen en el ridículo. Un ejemplo del énfasis de las formas se puede ver en el episodio en el que el joven David, que por timidez rechaza un papel en la obra *Casa de muñecas* de Ibsen, es obligado a aceptarlo con el típico chantaje moral, del que se abusa con demasiada frecuencia: se le recuerda que se lo debe todo a la Revolución:

Para convencerme, el director tomó el camino más corto: me planteó el asunto como una tarea, una tarea, Álvarez David, que le sitúa la Revolución, gracias a la cual usted, hijo de campesinos paupérrimos, ha podido estudiar [...]<sup>19</sup>.

Y cuando después la representación acaba en un gran fracaso, la retórica revolucionaria intenta acomodarlo todo oponiendo imágenes patrióticas y poesías:

La noche de la representación [...] cerca del final [...] no pudo más y se quedó muda [...]. Lo de Rita iba en serio y la obra tuvo que continuar convertida en un monólogo [...] hasta que la profesora de literatura reaccionó, hizo bajar dos pantallas y al compás de *El lago de los cisnes*, la única música disponible en la cabina, comenzó a proyectar diapositivas de trabajadores y milicianas, citas del Primer Congreso de Educación y Cultura y poemas de Juana de Ibarbourou, Mirta Aguirre y suyos propios, con todo lo cual, opinó después, la pieza adquirió un alcance y actualidad que el texto de Ibsen, en sí, no tenía<sup>20</sup>.

En realidad, la reacción de la profesora es metáfora de la reacción del sistema ante lo que no responde a las expectativas: hace una llamada al patriotismo, intenta distraer la atención del problema, da a entender que todo ha salido bien.

El hecho de que Paz pueda referir y ridiculizar, a través de este episodio, cierto tipo de conducta del régimen hace pensar que ahora la denuncia no constituye un riesgo, puesto que ya la clase dirigente ha tomado las distancias de la vieja retórica revolucionaria. Pues, la misma publicación de *Fresa y chocolate* no habría sido posible si Paz no hubiera tenido la esperanza de poder contar con el apoyo de un censor inteligente, expresión de una clase dirigente más flexible y propensa al diálogo.

La esperanza he dicho, no la certeza; si no el escritor no habría subrayado continuamente que su crítica viene del interior y no quiere poner en duda los dogmas de la ideología, sino la aplicación de éstos. Son numerosos los ejemplos de los esfuerzos que hace el autor para convencer al lector/censor de su lealtad. Recuérdense las palabras que pone en boca de Diego quien, incluso no estando a favor del sistema, derrocha consideraciones que reconocen la validez de los objetivos marxistas:

Yo era su última carta, el último que le quedaba por probar antes de decidir que todo era una mierda y que Dios se había equivocado y Carlos Marx mucho más, que eso del hombre nuevo, en quien él depositaba tantas esperanzas, no era más que poesía, una burla, propaganda socialista [...] <sup>21</sup>.

Y una vez más, a través de Diego, se hace una concesión al régimen, sosteniendo que en Cuba no existe la prostitución:

Entre las mujeres la escala termina naturalmente en las putas, pero no en las que pululan en los hoteles a la caza de turistas o cualesquiera otras que lo hacen por interés, de las cuales tenemos pocas, como bien dice la propaganda oficial [...] <sup>22</sup>.

También a través del mismo personaje, se afirma que Lezama Lima, gloria de la literatura nacional, siempre ha estado a favor de la revolución:

[...] nos imaginaremos que el Maestro vive, y que en ese momento espía por las persianas. [...] Sé que apreciará mi esfuerzo y admitirá tu sensibilidad e inteligencia, y aunque sufrió incomprensiones, le alegrará en particular tu condición de revolucionario <sup>23</sup>.

Está claro que la ambigüedad de Diego se debe al exceso de prudencia de su autor que, para eludir los riesgos de una censura, que a pesar de todo existe, trata de apaciguarla, mostrando al personaje como un patriota leal:



[...] he tenido problemas con el sistema; ellos piensan que no hay lugar para mí en este país, pero de eso, nada; yo nací aquí; soy, antes que todo, patriota y lezamiano, y de aquí no me voy ni aunque me peguen candela por el culo<sup>24</sup>.

Es evidente la diferencia entre este personaje y el forjado por el acérrimo enemigo del sistema, Reinaldo Arenas, en «Final de un cuento»<sup>25</sup>. Véase cuán ajena a Diego es la frase que el escritor disidente pone en boca de su personaje, un anónimo exiliado cubano homosexual:

[No volveré a Cuba] ¡Jamás! ¿Me oíste? Ni aunque se caiga el sistema y me supliquen que vuelva para acuñar mi perfil en una medalla, o algo por el estilo; ni aunque de mi regreso dependa que la Isla entera no se hunda; ni aunque desde el avión hasta el paredón de fusilamiento me desenrollen una alfombra por la cual marcialmente habría de marchar para descerrejar [sic] el tiro de gracia en la nuca del dictador<sup>26</sup>.

A pesar de que Diego no se presenta como un personaje reaccionario, antes al contrario reafirma – a pesar de la lentitud de la burocracia– su confianza en la ley<sup>27</sup>, es verdad que la parábola narrativa se concluye con su fuga de la isla. Entonces, es lícito preguntarse cuánto ha cambiado la condición de los «diferentes» en Cuba, y cuán lejos está la esperanza de una apertura total para con ellos.

Sin embargo, las reservas del lector no podrán ignorar el progreso que se registra en este frente. El personaje del joven comunista al final no teme ya mostrarse en público con su amigo homosexual. Por el contrario, cuando éste está ya en el exilio, lo recuerda comiéndose un helado de fresa: «Porque había chocolate, pero pedí fresa»<sup>28</sup>. Un helado, pues, de color rosa: incluso con la simbología del color, se hace un homenaje al amigo lejano.

Y como el personaje, también Senel Paz rompe una lanza por la homosexualidad, con la publicación de este cuento.

## NOTAS

- 1 S. Paz, *Fresa y chocolate*, Tafalla (Navarra), Txalaparta Editorial, 1994. Todas las citas se refieren a la segunda edición, publicada en 1995 por la misma editorial.
- 2 Su marido, el director de cine Alfonso Arau, llevó con éxito la obra a la pantalla, el mismo año de la publicación de la novela.
- 3 También la película basada en la novela del escritor chileno tuvo suerte, gracias a la simpatía, primero, y a la emoción, después, suscitadas por Massimo Troisi, actor principal, muerto a las pocas semanas del rodaje de la película.
- 4 C. A. Montaner, *Fidel Castro y la revolución cubana*, Barcelona, Plaza y Janés, 1985, p. 132.
- 5 Sin embargo, R. Arenas sostiene: «Creo que nunca se singó más en Cuba que en los años sesenta; en esa década precisamente cuando se promulgaron todas aquellas leyes en contra de los homosexuales, se desató la persecución contra ellos y se crearon los campos de concentración; precisamente cuando el acto sexual se convirtió en un tabú, se pregonaba el hombre nuevo y se exaltaba el machismo». (Cfr. *Antes que anochezca. Autobiografía*, Barcelona, Tusquest, 1992, pp. 130-131).
- 6 *Fresa y chocolate*, cit., pp. 34-36.
- 7 *Ibid.*, p. 36.
- 8 *Ibid.*, p. 38.
- 9 R. Arenas, *Antes que anochezca*, cit., pp. 103-104.
- 10 *Fresa y chocolate*, cit., pp. 36-38.
- 11 *Ibid.*, pp. 9-10.
- 12 *Ibid.*, p. 12.
- 13 *Ibid.*, p. 36.
- 14 Sobre esto, véase el artículo de V. Fowler Calzada, titulado «Literatura y homosexualidad», aparecido en *Quaderni Ibero-Americani*, 80 (Diciembre 1996), pp. 61-70.
- 15 *Fresa y chocolate*, cit., p. 29.
- 16 *Ibid.*, p. 31.
- 17 *Ibid.*, p. 50.
- 18 *Ibid.*, pp. 57-58.
- 19 *Ibid.*, pp. 15-16.
- 20 *Ibid.*, pp. 16-17.
- 21 *Ibid.*, p. 26.
- 22 *Ibid.*, p. 40.
- 23 *Ibid.*, p. 42.

24 *Ibid.*, p. 19.

25 Se trata de uno de los relatos del libro *Final de un cuento*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva 1991, pp. 63-84. Este relato había sido publicado con anterioridad en «Mariel», I, 1, 1983, pp. 3-5.

26 «Final de un cuento» en *Final de un cuento*, cit., p. 66.

27 Llamo la atención sobre el pasaje en el que explica los motivos por los que dejará Cuba: «Ahora, con esa nota en el expediente, no voy a encontrar trabajo [...]. Es una simple amonestación laboral, ¿pero quién me va a contratar con esta facha, quién va a arriesgarse por mí? Es injusto, lo sé, la ley está de mi parte y al final tendrían que darme la razón e indemnizarme. Pero, ¿qué voy a hacer? ¿Luchar? No. Soy débil [...]» Cfr. *Fresa y chocolate*, cit., pp. 52-53.

28 *Ibid.*, p. 62.